

La influencia de la temática de la mitología clásica en el Siglo de Oro: «París y Enone» de Cristóbal Lozano

JOSÉ M.^a PÉREZ

1. «Criábase entre los serranos y pastores del monte Ida el infante Paris, hijo de Príamo y Hécuba, reyes de Troya, que, a fuer de buen agüero y vaticinio, mandó su padre que al primer paso de la vida le matasen». Así comienza la leyenda que con el título de «París y Enone» escribió el Dr. D. Cristóbal Lozano y que forma parte del libro *David perseguido y alivio de lastimados*, parte 2.^a, capítulo II.

No es nuestra intención hacer un estudio completo del estilo del clérigo de Hellín en la presente leyenda; más bien, nos contentaremos con realizar un cotejo del asunto expuesto por Lozano con el mismo del que nos hablan los mitógrafos clásicos y comprobar las afinidades y diferencias existentes entre el uno y los otros, explicando el porqué de las mismas.

2. La razón de haber elegido este autor del Siglo de Oro y no otro más conocido y con una incidencia mayor en el campo del mundo mitológico, como son los casos de Calderón, Lope de Vega, Quevedo o Góngora, puede encontrarse en el tema preciso tratado y en el olvido injustificado en el que ha caído el en otro tiempo capellán de los Nuevos Reyes de Toledo. Es de lamentar que un escritor que maneja la lengua con la soltura y donaire con que lo hace D. Cristóbal Lozano haya sido pasto de la amnesia o casi amnesia de las historias de la Literatura Española. Porque ¿qué son la media docena de líneas que le dedica F. C. Sainz de Robles?¹ E. W. Wardropper dice de él poco más de lo siguiente: «Apreciado en el romanticismo, C. Lozano aplica sus dotes imaginativas a relatos novelados de historias sagradas y profanas y leyendas mitológicas y hagiográficas»². Algo más extenso es el pequeño estudio de A. Valbuena Prat, casi una página completa, quien entre otras cosas dice del prerromántico Lozano que «es un novelista de la historia, un

¹ *Historia General de las Literaturas Hispánicas*, Vol. III. Barcelona: Ed. Barna, 1953, p. 289.

² *La Historia y Crítica de la Literatura Española* 3. Barcelona: Ed. Crítica Grijalbo, 1983, p. 459.

intérprete de la leyenda y tradiciones, un poeta y dramaturgo, aunque en valor por bajo del narrador en prosa»³.

Hay una conciencia clara entre todos los críticos de la influencia que ejerció nuestro autor entre los románticos del S. XIX, especialmente en Zorrilla y Espronceda. Este es el caso de L. García Lorenzo, que lo cataloga, junto con Gaspar de Céspedes, en el prerromanticismo por la influencia que ejerció en el *Estudiante de Salamanca* de Espronceda el personaje *Lisardo* de la obra del ilunense *Soledades de la vida y desengaños del mundo*⁴. En fin, y para concluir este rosario de citas de manuales de la Literatura Española, digamos que J. L. Alborg apenas dedica media página al clérigo de Lagartera y destaca de él, aparte de la reiterada influencia romántica, los «propósitos moralizantes» que animan al capellán de Felipe IV a intercalar en sus leyendas históricas o historias legendarias moralejas cristianas del más sabroso estilo, dentro del exotismo, pintoresquismo y «gusto por lo macabro y fantástico»⁵.

3. Dejando, pues, a un lado las escasas noticias que tenemos del clérigo hellinense aducidas hasta aquí, debemos reseñar la importancia que tiene la obra de J. de Entrambasaguas referida a nuestro autor⁶ y el importante prólogo que el citado crítico coloca al frente de la edición de los temas de Clásicos Castellanos, números 120-121, que con el título genérico de *Historias y leyendas* ha seleccionado y modernizado fonéticamente el propio Entrambasaguas. De él vamos a entresacar aquellos datos que juzgamos importantes para centrar la figura de Lozano en el medio literario, humano y político en el que se desenvuelve el Dr. Lozano Sánchez.

Es nuestro protagonista, como ya hemos hecho notar anteriormente, natural de Hellín (Albacete), hijo de una modesta familia de carpinteros, cuyo padre eligió para él la carrera de clérigo «quizá», como dice el propio Entrambasaguas, «por creerla más económica y de más fácil y rápido acomodo»⁷, amén de adecuada para tantos *segundones* a los que no podía alimentar la casa paterna.

Pronto, en 1630, cuando nuestro aprendiz de sacerdote apenas contaba veinte años, pues había nacido en diciembre de 1609, marchó a Alcalá. Allí estudia las disciplinas clericales durante poco más de tres años, porque en noviembre del año 1634, siendo ya licenciado, aparece en Hellín firmando una partida de casamiento.

4. En este momento podríamos preguntarnos si estudió Lozano en su estancia en Alcalá la lengua griega⁸. Difíciles corrían los tiempos para la lengua de Homero. Sólo en cuatro lugares, al decir de Gregorio de Andrés⁹, se hacen dichos estudios:

³ *Historia de la Literatura Española*³. Barcelona: Ed. Crítica Grijalbo, 1983, p. 459.

⁴ «La novela corta en el Siglo de Oro», en *Historia de la literatura*. Barcelona: Ed. Taurus, 1982, pp. 559-60.

⁵ *Historia de la Literatura Española*². Vol. II. Madrid: Ed. Gredos, 1974, pp. 503-4.

⁶ «El doctor D. Cristóbal Lozano». *Estudios y ensayos de investigación y crítica*, Madrid, 1973, pp. 267-419. Antes en RABM, XLVIII, 1927, pp. 205-33, 293-316; XLIX, 1928, pp. 1-24, 156-77, 209-3.

⁷ Prólogo a la edición de *Historias y Leyendas*, Vol. 1. Madrid: Espasa-Calpe, 1969, p. XI.

⁸ «Lengua de herejes», en expresión del poeta Marot.

⁹ «El Helenismo en España en el s. XVII». Conferencia pronunciada en la Fundación Universitaria Española, p. 9. Madrid, 1976. Son ilustrativos los escritos de L. Gil sobre el Humanismo: cf. EC 51, 1967; *Estudios de Humanismo y tradición clásica*. Madrid: Universidad Complutense, 1984.

Salamanca, que mantiene su prestigio de la enseñanza de las lenguas clásicas durante todo el siglo en cátedra cursoria y en cátedra de partido; Valencia, que enseña griego esporádicamente y de la que salen prestigiosos traductores como V. Mariner; el Colegio Imperial de Madrid¹⁰, que sostiene una cátedra durante el siglo al que llamó Menéndez Pelayo «la época de tenebrosa ignorancia y lamentable atraso en las letras griegas»; y Alcalá, en cuya universidad enseñan griego el maestro Sebastián de Lirio, un tal Fernando Caupena del que no sabemos hasta qué año enseña, Orencio Bernuy, que viene de Salamanca y oposita a la cátedra de griego, en 1633, que consigue en dura pugna con Meléndez de los Reyes, y el doctor Portilla del que sabemos que imparte enseñanzas de griego a finales del siglo¹¹. Quiere esto decir que la cátedra de griego de Alcalá estuvo vacante algún tiempo coincidiendo precisamente con la estancia allí de Lozano. Por todo lo reseñado cabe pensar que nuestro licenciado no estudió griego, y, si lo hizo, no le dedicó el tiempo necesario como para familiarizarse con él. No es, por tanto, de extrañar que esas leyendas de mitología que recoge en sus escritos, le hayan venido por otros caminos diferentes a los textos griegos. En efecto, las fuentes esenciales de donde toma D. Cristóbal los relatos mitológicos, como ocurría a la mayoría de los autores de la época que tocaban asuntos de esa guisa, son *Primera parte del Parnaso Antártico de obras amatorias* de Pedro Mexía, publicada en Sevilla en 1607, o las obras de Ravisio Textor, Marco A. Sabellico, o la *Crónica troyana del s. XV*¹², o, sobre todo, la *Philosophia secreta* de Juan Pérez de Moya, de 1585, obras todas ellas que eran una especie de centones que recogían las leyendas más características y curiosas de la mitología grecorromana, algunas de las cuales estaban lo suficientemente «amañadas» para que no fueran anatematizadas por la Inquisición.

Si el griego es una lengua desconocida, o casi desconocida, para el clérigo de Hellín, no ocurrió lo mismo con el latín y otras lenguas que nuestro capellán toledano dominó perfectamente, como se podrá ver más adelante¹³.

5. Hasta su muerte, ocurrida en octubre del año 1667, no tuvo nunca un lugar permanente donde ejercer su ministerio sacerdotal. Antes bien, anduvo por diversos lugares de la región castellano-manchega, pero antepuso siempre a su profesión lo que hemos de entender como su auténtica vocación, la de escritor, que le acarreó continuas idas y venidas a la corte para gestionar ediciones de sus obras¹⁴.

6. Tras una semblanza biográfica¹⁵ muy meritoria y digna de resaltar de un autor que ha sido arrojado al olvido y del que es preciso que salga cuanto antes porque no merece estar en él, dice Entrambasaguas que fue un hombre que «ante-

¹⁰ Cf. J. SIMÓN DÍAZ: *Historia del Colegio Imperial de Madrid*, Madrid, 1952.

¹¹ Las notas anteriores están sacadas de la conferencia de D. Gregorio de Andrés que se ha citado anteriormente, n. 8.

¹² Cf. R. M.ª LIDA: «Dido y su defensa en la literatura española» *RFH*, IV 3, 194.

¹³ Véase lo que dice Gil respecto al estudio del latín en el libro antes citado en numerosos lugares y el acoso desacreditativo que tenían que soportar los dedicados a él, pp. 34 ss., o el artículo «Gramáticos, humanistas, dómínes», pp. 41-65.

¹⁴ Para una información amplia de su producción literaria véase, además de las obras citadas de Entrambasaguas la amplia de J. SIMÓN DÍAZ: *Bibliografía de la literatura hispánica*, Tomo XIII. Madrid: CSIC, 1984, pp. 545-556.

¹⁵ J. de Entrambasaguas: Prólogo a su edición de *Historias y Leyendas*, p. XIX.

puso siempre sus ocupaciones literarias a las de su carrera»¹⁶ y poseía «un profundo conocimiento de las Humanidades, siendo latinista y teólogo de primer orden... siéndole familiares los autores clásicos griegos y latinos»¹⁷. Tampoco debe olvidarse que las *Historias* y *leyendas* recogen una variopinta trama de asuntos muy diversos, aun dentro de la misma obra: asuntos religiosos, algunos de los cuales pudieron servir para sermones y pláticas de iglesia; asuntos de historia de España o de otras naciones; asuntos entresacados de la Biblia; y, por último, asuntos clásicos grecorromanos, que, aunque pocos, son lo suficientemente representativos, como sucede con *Masanisa* y *Sofonisba*, *Sofronia*, *Los Argonautas* y el título que nos ocupa en el presente trabajo, *Paris* y *Enone*. Todos ellos están recogidos en el libro que lleva el título genérico de *David perseguido y alivio de lastimados* y la última de las leyendas citadas ocupa el capítulo II de la parte segunda del citado libro; las demás los capítulos X, XX y III, respectivamente.

7. Muchos son los autores griegos y latinos que abordaron el mito que estudiamos: Partenio, *Biblioteca* (obra atribuida a Apolodoro, pero que no es de dicho autor), Estrabón, a quien cita nuestro autor¹⁸, Licofrón en los escolios de Tzetzes, Conón, Ovidio, Quinto de Esmirna, etc.¹⁹. Como sería demasiado prolijo ir resumiendo cada uno de los relatos, intentaremos evitarlo confrontando aquellas narraciones que juzgamos más adecuadas a la «historia» contada por Lozano. La base de ellas, a nuestro entender, es la narración sucinta de los hechos que hace Partenio, quien con un diction clara y concisa nos refiere los amores de estos pastores adolescentes y el casamiento de los mismos; la premonición de Enone del abandono en el que se va a encontrar cuando Paris emprenda viaje a Esparta en busca de Helena²⁰; la herida de éste por las flechas de Filoctetes en la guerra de Troya; la llegada de un emisario para llevar a Enone a Troya, «única persona que podrá curarle»; la negativa de la otrora amorosa esposa a ir; el arrepentimiento de su decisión y la desesperación, muerte-suicidio de la joven ante el cadáver de su amantísimo Paris.

Biblioteca es mucho más escueta y distante, con ese estilo impersonal, casi hierático, que la caracteriza y despacha toda la historia con unas cuantas líneas, destacando el arte de adivinación de la joven, su negativa a curar a Paris, su arrepentimiento y el suicidio de la esposa colgándose.

La *Heroida V* de Ovidio es una apasionada y ominosa carta en la que Enone llora desconsolada y triste la ausencia de Paris y le previene de los males que va a

¹⁶ Id., p. XXIV.

¹⁷ Id., p. XXV. Véase lo dicho más arriba sobre sus conocimientos de griego.

¹⁸ Es muy posible que lo cite de oídas, porque el único texto en el que Estrabón nombra a Enone es aquel que se refiere a la sepultura que la joven tiene con Paris en la región de Cebrene, en la Tróade (Str. 13.1.33).

¹⁹ Partenio: *Historias de amor pasional* 4.

Biblioteca 3.12.5-6.

Estrabón: 13.1.33.

Tzetzes en *Escolios a Licofrón* 57-62.

Conón: *Narraciones*.

Ovidio: *Heroidas* 5 y 16.

Quinto de Esmirna: *Posthomérica*. 10.262-489.

²⁰ No en vano el dios Apolo había concedido a la joven el don de profecía.

ocasionar la venida de la hija de Tindáreo. De ella nos ocuparemos más adelante. En la *Heroida XVI* las palabras de Paris no tienen para Enone más que una ligera alusión a la que fue su esposa. La carta la dirige Paris a su nuevo amor, Hélena, la esposa de Menelao y cuyo rapto ocasionará la expedición griega contra Troya.

Quinto de Esmirna, en el libro X de sus *Posthoméricas*, se extasía principalmente en el desenlace de la historia que nos atarea y arranca de aquellos versos 161-3 en los que dice: «Porque tal es el destino: Enone es la única que con sus manos puede preservar a Paris de la muerte y de las Meras, si es que ésta es su voluntad». Y, aunque coincide con Partenio en buena parte de los hechos, sin embargo, los presagios, la descripción de la herida comenzando a gangrenarse, los dolores espantosos, la petición angustiada de curación, el dramatismo efectista, en suma, hacen de la narración descriptiva un melodrama digno de los mayores encomios. Al final, cuando Paris ha vuelto a Troya, se dejan oír las lamentaciones y lágrimas sinceras de Enone que hacen que el melodrama se complete. Conón y Partenio, que también hacen gemir a la esposa «sin serlo», colocan los lamentos en el momento del suicidio. Después se lanza rauda en medio de la noche como «el huracán», como «un toro salvaje»²¹, a ver si sus poderes curativos pueden redimir aún la vida del amado. Quinto se detiene complaciente en explicar con todo tipo de detalles las ansias aladas del amor, incluso con la variante final del lanzamiento a la hoguera ante la mirada estupefacta de todos los boyeros de las faldas del Ida. Parece que nos está recordando a la multitud de argivos ante el espectáculo de Evadne abrazando a Capaneo en las *Suplicantes* de Eurípides²².

8. He aquí, pues, los resúmenes de algunos mitógrafos antiguos que han tratado el tema con una cierta amplitud. Veamos cómo lo trata D. Cristóbal Lozano. Comienza su relato, como vimos al principio, enmarcando a nuestros protagonistas en un lugar ameno de las laderas del monte Ida, no lejos de Troya, «la bien amurallada», «la fértil», «la anchurosa», «la de altas puertas», como la moteja Homero²³. Destaquemos la expresión de «a fuer de buen agüero y vaticinio» para entroncarla en los sueños fantasmagóricos de Hécabe poco antes de que naciera el niño al que los pastores llamaron Paris. «Hécabe soñó que daba a luz un haz chisporroteante que, propagándose por toda la ciudad, la quemó»²⁴. Ante tal amenaza augural Príamo quiere matar al recién nacido, pero «Hécuba, compasiva, lo entregó a unos pastores... para que lo criasen como un expósito en el monte», formula Lozano a continuación. Muy similares son las palabras de que se vale el autor de la *Biblioteca*, aunque cambiando el nombre de la madre por el del padre²⁵.

Prosigue la narración de Lozano en ese ambiente pastoril, muy acorde con el gusto literario de la época, y Paris cree conocer en Albano (la leyenda habla de

²¹ *Posthomérica* 10.440 y 441 ss.

²² Vv. 980-1070.

²³ *Iliada* 1.129; 7.71; 8.241-3.74; 257; 6.315; 9.329; 16.461; 18.67; 23.215; 24.86-2.141; 9.28; 13.433; 24.256; 494; 774-16.698; 21.544.

²⁴ *Biblioteca* 3.12.5.

²⁵ Abundante es la narrativa mitográfica sobre niños expósitos en la antigüedad. Baste citar las exposiciones de Asclepio, de Cicno, de Télefo, de Neleo y Pelias, de Edipo, de Rómulo y Remo, de Céculo, etc.

Agelao)²⁶ a su verdadero padre. Enamoróse el zagal de una hermosa rapaza llamada Enone y ella parece que «adoleció del mismo achaque». Ambos buscan lugares apartados donde poder expresar sus largas y prolijas endechas de amor. No podía faltar el rival rico, enamorado también de la tierna y bella zagala, adición muy idónea al cuadro que el clérigo de Hellín nos quiere pintar, y que está en una posición social más en consonancia con la de la rica pastora. Dicha rivalidad provoca un encuentro entre Doristeo y Enone, en el que aquél le confiesa en medio de una turbulencia de celos el «infame nacimiento» de Paris en quien ha puesto sus ojos la inocente muchacha. Sigue la fantasía pastoril de nuestro autor contando la riña de los contrincantes, el intento de un apaciguamiento de la misma por parte de los padres respectivos, Xanto y Albano. Tras la tempestad de la «sedición y el motín» viene la calma de los enamorados, solos, en medio de la «lobreguez de la noche», y con ella, el aliento recobrado, la confesión de amor perdurable y el desposamiento secreto. También los textos antiguos nos cuentan los amores y el desposorio secreto de los jóvenes pastores²⁷.

9. Y hete aquí que, en medio del tumulto pastoril y la riña sin cuartel, aparece por estos pagos, que son los del reino de su augusto padre, la cazadora Casandra que provoca el silencio, el temor y la paz en la vocería pendenciera de los pastores. Pero es que, como asegura Lozano, «merecía la hermosa Casandra todo este respeto, no sólo por la sangre real que la ennoblecía, sino por la rara beldad y gracia mucha con que la enriqueció el Cielo». Es de notar ese sentido de la jerarquización social y belleza que marca nuestro autor en una mujer que, como Casandra, no ha sido considerada por los mitógrafos un dechado de belleza y menos aún de credibilidad. En *Biblioteca*²⁸ se hace notar cómo Apolo privó a la mántica de esta mujer del poder de convicción por haber rehusado unirse a él; o es «compañera de los dioses en el éxtasis báquico»²⁹. Ya Homero cita a este personaje en varias ocasiones como hija de Príamo, pedida en casamiento por Otrioneo, matrimonio que no llega a realizarse por caer el esposo prometido en el campo de batalla bajo las armas de Idomeneo³⁰, o cuando en la *Nekyia* odiseica Agamenón dice, entre otras cosas, a Ulises: «Escuché la voz lastimera de Casandra, la hija de Príamo, a la que asesinó con engaño Clitemestra, maquinadora de engaños, ante mis ojos»³¹.

Es impresionante e imponente ese sentido profético extático de Casandra en el *Agamenón* de Esquilo, donde las incongruencias en el modo de expresarse la joven son notorias, al menos aparentemente, en algunos pasajes³² y la réplica del Corifeo que la considera una demente³³. O esos otros momentos en que el parlamento del personaje es más coherente e inteligible³⁴. Lleno de patetismo aparece el texto que

²⁶ *Biblioteca*: 3.12.5.

²⁷ *Historias de amor pasional* 5.1; *Biblioteca*: 3.12.6.

²⁸ *Biblioteca*: 3.12.5. También otros autores: Licofrón (*Alejandra* vv 1454 s.). Trifiodoro (*La toma de Lión* vv. 374 ss. especialmente 417-19), Quinto de Esmirna (*Posthomérica* 12.526-28).

²⁹ Eurípides: *Troyanas* 500. Cf. Licofrón: *Alejandra* 28.

³⁰ *Ilíada* 13.362; 24.697 ss.

³¹ *Odisea* 11.421-23.

³² vv. 1072-1177.

³³ V. 1140: «Deliras, como posesa de un dios».

³⁴ Vv 1178-1330. En este diálogo con el Corifeo el trance extático y enigmático de Casandra ha desaparecido y se muestra como una mujer en situación razonablemente normal.

la propia Casandra canta en las *Troyanas* de Eurípides³⁵, como lo es también el largo parlamento posterior en el que, aparte de la predicción de su muerte, expone los horrores de la guerra en la que los griegos van a ser los grandes perdedores, los destinos crueles de Ulises «con los sufrimientos que le aguardan» y de Agamenón «que recibirás sepultura de mala manera y de noche»³⁶.

Recibe el nombre de Alejandra en el poema con ese título de Licofrón, en el que después de las palabras del guardián donde comunica la marcha de Paris viene a contar a Príamo las profecías de Casandra sobre la destrucción de Troya con el destino a continuación de los héroes, fasto para algunos, nefasto para otros, terminando el problema con el estribillo-queja de la inutilidad de las profecías por lo que hemos apuntado más arriba: la incredibilidad de las palabras de Casandra por culpa de Apolo (*Alejandra* vv. 1454-57).

El hellinense idealiza a «ésta profetisa de Frigia, muy celebrada por sus vaticinios... que llegó a conocer que Paris era su hermano... y que no convenía revelarlo hasta tiempo oportuno». Es una buena directora espiritual de Enone, a quien insinúa la inconveniencia de sus amores con Paris, porque «en aquel zagal había misterios ocultos». Mas «al punto que oyó que había matrimonio de por medio y que estaban desposados» el espíritu moralizante de nuestro clérigo hace «beber suspiros y tragar ahogos» a la hija de Príamo, no obstante las leves reprimendas a la serrana por su arrojío, pues «que elecciones grandes no todas veces son buenas cuando hay desigualdad en los esposos, por más que el amor lo supla». A continuación la profetisa «hizo un círculo en el suelo» y con la vista desparramada empezó a contemplar «visiones espantosas», recriminando a Enone su comportamiento entre «espluznada, medrosa y compasiva». Es digno de resaltar en las palabras de Casandra aquellas enigmáticas en que se habla de «sembrar en la arena» que, si aluden a la parábola evangélica del sembrador³⁷, también, y con expresiones similares, las encontramos en Ovidio³⁸, lo mismo que el aspecto desaliñado de sus cabellos³⁹ y la referencia a Hélena cuando dice: «¡Ay, triste de mí!, que por el mar salado una griega ternerilla viene a dar guerra y a ser ruina de ti y de toda tu casa... la griega ternerilla viene al frigio suelo».

10. Cuando la amedrentada Enone y sus criadas han logrado aquietar a la «enfurecida» Casandra, «cobró ésta sosiego al verlas y, como si tornara de algún pesado sueño, se dio por desentendida». La que no logra aquietar su pecho y entregarse al sueño es Enone, que se muestra conturbada y alarmada, «entre desvelos y sustos... repasando por su idea aquel pronóstico infausto y vaticinio espantoso». Menos mal que la llegada de Paris animó su gesto y compuso su alma «tras gozar los óptimos frutos del himeneo» y celebrarse las bodas «con fiestas y regocijos». Es evidente para Lozano este modo de enfocar el mito, pero no lo es tanto para los griegos que han ocultado las pompas del casamiento y lo han dejado redu-

³⁵ Vv. 309-340. Pero sin dejar a un lado el espíritu báquico que lo fecunda con sus gritos de «Evohé, evohé».

³⁶ Vv. 354-405 y 424-462. Véase también Licofrón: *o. c.* vv 645-819 y 1099-1105.

³⁷ Mateo 13.1-8; Marcos 4.1-9; Lucas 8.4-8.

³⁸ *Heroidas* 5.115.

³⁹ *Ib.* 121 ss.

cido a las promesas de amor eterno o al simple hecho de «Alejandro se desposó con Enone, hija del río Cebren»⁴⁰; lo mismo que el sentido pesimista que cobra un efecto más destacado cuando lo incrusta en un pasaje placentero y feliz, como en el momento en que dice: «Y como no hay felicidad en esta vida en quien no se vincule algún disgusto... a la fama de las fiestas de Troya se ausentó Paris por verlas». Dichas fiestas no son otras que los juegos funerarios que, en honor del propio Paris, celebra la casa real de Troya, creyendo que aquel niño recién nacido y entregado a Agelao murió al ser expuesto en el monte. Pero los designios del destino son insondables y en los trances agonísticos el creído y festejado muerto sale victorioso en los lances con sus ignotos hermanos porque «a todos ganó Paris en la carrera y venció en la lucha». Por lo que su hermano Deífobo intentó matarlo, y lo hubiera logrado de no estorbarlo Casandra «publicando a grandes voces que era Paris su hermano». Con lo cual, las fiestas se volvieron más festivas «con que a estruendos de alboroto se coronaron los juegos». Y hete aquí a nuestro Alejandro convertido en infante de boyero o cabrero que era, «metido a cortesano quien tuvo por patria un monte; trocado el pellico en púrpura y la montera en laurel». Y tras este cambio de condición el consabido pesimismo del capellán de los Reyes Nuevos de Toledo vuelve a tornar la dicha amable en pesimista moraleja al acordarse de la triste condición en que va a quedar, solitaria y con el amor lejano, en medio de los peligros que la corte conlleva, la zagala Enone, por más que las visitas frecuentes de su esposo, «unas de rebozo y otras a lo público», paliarán en buena medida la soledad de la apenada esposa. «Mas como no hay cosa estable en los humanos, al menor vaivén rueda la fortuna». Con estas ominosas palabras nos va a introducir en ese halo fatídico que envuelve todo lo que participa de la felicidad con el paralelismo alusivo al próximo rapto de Hélena parangonándolo con el que llevó a cabo Telamón en la persona de Hesíona⁴¹. Tras relatar con mixtura de mitos⁴² el juicio y decisión de Paris para dilucidar el primer concurso de belleza del que se tiene noticia, algo así como la elección de *Miss Olimpo*, se hizo el hijo de Príamo a la vela, surcando el salado elemento hasta llegar a Lacedemonia cuyo rey era por aquel entonces el Atrida Menelao. «Desembarcó el infante troyano en son de paz; recibióle el rey como huésped; honróle mucho, dándole su casa y su mesa, no presumiendo traición de quien ostenta ser noble». Viene después el encuentro del troyano con Hélena a la que «aunque antes la imaginaba muy hermosa, le pareció tanto más, que, encendido en amores, le sacrificó potencias y le rindió sentidos». Después de que buscó ocasión de hablar con ella y le descubrió su amor, al que ella unió su afecto, se la llevó gustoso a Troya, y allí, «embelesado en la idolatrada beldad, olvidó a la hermosa Enone, sin querer más verla».

⁴⁰ *Biblioteca*: 3.12.6. Cf. nota 35. Nótese la relación fluvial Cebren-Janto, ríos de la Tróade y que son padres de Enone, según autores.

⁴¹ El texto hace referencia a lo que se entiende como primera guerra de Troya y que tuvo como causa el rapto de la hija de Laomedonte cuando éste se negó a pagar los trabajos de reconstrucción de la muralla de Troya que llevaron a cabo Posidón, Apolo y Eaco. Cf. *Biblioteca*: 2.5.9.

⁴² Aparece también el de las bodas de Tetis y Peleo y la manzana que en medio del banquete lanza Éride (Discordia) por no haber sido invitada.

11. La olvidada Enone, herida en sus sentimientos más íntimos, agraviada y menospreciada, «se hizo tanto al sentimiento, tanto a la pena y al llanto» que encontró en la escritura el único medio de desahogar su espíritu angustiado con una carta que dirigió a su esposo. Nos recuerda el texto y el contexto aquella que allá por los albores de la Era Cristiana, o poco antes, escribió Ovidio en sus *Heroidas*⁴³ y que la propia Enone dirige a Paris y en la que le expone, amén de sus cuitas amorosas, el desaliento y la desesperanza lastimera de su existencia, el recuerdo triste de la despedida y la añoranza lejana con el deseo vehemente de que vuelva a sus brazos y a su amor. Lozano parece apropiarse hasta de las palabras de Ovidio cuando la hace decir: «Lloraste al despedirte de mí... y con lloros y suspiros te apartaste de mis brazos»⁴⁴. O cuando, celosa y airada, siente punzantes en su alma los celos de la extranjera a la que «el sacro Cielo permita que no la goces». O aquellas otras expresiones de «no pienses ni imagines que tu oro y tu grandeza de verte en pompa real me causa admiración... ni que me desvanece ser nuera de Príamo, ni que por mi valor y mi virtud soy digna de ser esposa de un rey»⁴⁵ y otras muchas confesiones similares, como aquella literal de «cuando a la hermosa Enone olvide Paris y él viviere, dejándola olvidada, volverá atrás este río (Xanto) su corriente»⁴⁶. Podríamos seguir haciendo el parangón de una y otra carta y llegaríamos a la conclusión de que, sin lugar a dudas, Lozano ha tenido delante de sí la mismísima carta de Ovidio al escribir esta leyenda, que, a no dudarlo, ha podido ser muy bien la que le ha motivado la escritura de la historietta. ¿Cómo, si no, explicar dicciones como «es una adúltera»⁴⁷, o «la ternera» —nótese la imagen citada anteriormente— «que venía por el mar es Elena, causadora de mi mal, fuego que será de Troya»⁴⁸. Incluso la alusión al raptor anterior de la joven Tindáride, Teseo⁴⁹, nos viene a refrescar la idea de que nuestro clérigo, que conoce perfectamente el latín, debió de tener en sus manos no sólo un Pero Mexía o un Juan Pérez de Moya, sino la dicción completa de las *Heroidas* de Ovidio, a cuya carta 5.^a no quita ni pone más que aquello que le es peculiar: el ser cristiano y clérigo y el pesimismo moralista con que adorna frecuentemente la leyenda. «Mas la constante Enone permanecerá casta»⁵⁰ «con ver que es alevoso su marido y vive con más recato que él merece». Porque «no hay en el mundo quien pueda aplicar remedio a un mal de celos y

⁴³ *Heroidas* 5. Los eruditos discuten la fecha de la obra y las datas varían entre el año 13 a.C. y el 8 d.C. No entramos ni salimos en la materia por ser algo marginal a nuestro trabajo.

⁴⁴ Nótese el ritmo cuidado de Lozano y compárese con el de Ovidio que a este tenor dice: *Flesti discedens... - et flesti et nostros uidisti flentis ocellos* (vv. 43, 45). A este tenor puede consultarse el trabajo de M. Baquero Goyanes «Narración y octosílabos en la prosa de Cristóbal Lozano» (HPFY, 1984, pp. 45-67).

⁴⁵ *Non ego miror opes, nec me tua regia tangit - nec de tot Priami dicar ut una nurus - Digna que sum et cupio fieri matrona potentis; - Sunt mihi quas possint sceptrum decere, manus...* (vv 81-84).

⁴⁶ Compárese con aquello de Ovidio: *Cum Paris Oenone poterit spirare relicta, - ad fontem Xanthi uersa recurret aqua* (vv 29-30).

⁴⁷ *Adultera certe est.* (v 125).

⁴⁸ *Graia iuuenca uenit... - Dum licet, obscenam ponto demergite puppim. Heu! quantum Phrygii sanguinis illa uehit* (vv 118-120).

⁴⁹ Vv 127-129. Palabras que dijo la adivina Casandra a la propia Enone al profetizarle la causa de la guerra de Troya.

⁵⁰ *At manet Oenone fallenti casta marito* (v. 133).

agravios... tú sólo, Paris, eres quien puedes darle». Y termina la carta con una llamada de esperanza a su amor y de vuelta de su amado.

Pero las palabras cayeron en vacío, pues Paris «jamás volvió a su esposa... quien se retiró a su aldea, donde vivió el resto de su vida en continencia». Y para seguir fiel a su espíritu moralizador en el que el dualismo bien-mal se contraponen de manera sistemática, Lozano termina su leyenda con las palabras siguientes: «Paris fue un ingrato desconocido, pues cuando se halló príncipe menospreció la humildad, y Enone fue honrada, pues a olvidos suyos correspondió constante y permaneció leal».

12. A modo de epílogo permítasenos una consideración última por la que podremos ver, además del espíritu cristiano que fecunda la obra en general del Dr. Lozano y de esta historieta en particular, haciendo vivir a Enone hasta sus últimos días en medio de un silencio eremítico que recuerda las viudas medievales que se retiran a la vida de contemplación y oración de los conventos y monasterios, llena de virtudes y renunciadas al mundo, deja a nuestra «santa» heroína al margen de lo que los mitógrafos nos cuentan: el suicidio de la hija de Xanto-Cebrén, cuando después de la muerte de Paris a causa de las flechas de Filoctetes se arroja a la pira de su amado⁵¹, o se precipita de lo alto de la muralla⁵², o se cuelga⁵³, o se suicida⁵⁴ sin especificar el medio del que se vale. D. Cristóbal prefiere la paz del retiro, la humildad y resignación cristianas al efectismo de algo que repugna la moral evangélica, si bien es verdad que en otra leyenda de las pertenecientes a los tiempos antiguos del cristianismo, que lleva por título *Sofronia*⁵⁵, nuestro autor no tiene inconveniente en hacer que la joven cristiana de dicho nombre se corte las venas antes de ser violada por un pagano. Pero es que aquí, en *Sofronia*, concurren circunstancias, cuando menos, atenuantes del suicidio, y el solo pensamiento de la violación, el pecado horrendo contra la virginidad, y la contaminación con un pagano, justifican, en cierto modo, ante el teólogo de Lagartera la resolución de mantener por encima de todo una vida consagrada a Cristo y que, por ende, le pertenece en cuerpo y alma, y que en modo alguno puede ser pasto de lujurias insidiosas y paganas de la condición más burda y execrable. En cambio, ante esos mismos ojos de teólogo, prefiere que su Enone, despreciada y olvidada, pueda poner «su otra mejilla»⁵⁶ de humildad y paciencia, abandonando el «mundanal ruido»⁵⁷ y sacrificando sus días al esposo eterno.

Digno también nos parece de reseñarse el ritmo literario tan logrado, en muchas ocasiones, de la prosa de Lozano. Veamos algunos pasajes elegidos un poco al azar.

⁵¹ Es el final apoteósico y espectacular que prefiere contar Quinto de Esmirna (*Posthomérica* 10.467).

⁵² Licofrón: *Alejandra* 65-67.

⁵³ Es la versión de *Biblioteca*: 3.12.6.

⁵⁴ Partenio: *Historias de amor pasional* 4.5.

⁵⁵ *David perseguido y alivio de lastimados*, parte II, cap. 20.

⁵⁶ Mateo: 5.38; Lucas 6.29.

⁵⁷ Fr. Luis de León: «A la vida retirada» 2.

«Como si la culpa de nacer villano fuera mancha en la virtud, cuando antes ella borra defectos y manchas»⁵⁸ en una certera, como siempre, sentencia.

«Estaba (Paris) tan bien hallado con su suerte, que no echaba menos las cortes y palacios, por más que el pensamiento humeaba en altiveces»⁵⁹, donde puede notarse aparte del ritmo bien pronunciado y melodioso la imagen tan expresiva que se repite, por cierto, más adelante⁶⁰.

O aquella otra sentencia que, a pesar de su topicismo no deja de tener su galanura:

«Lo que padezco por vos», dice Paris a la serrana, «no puedo explicaros, que es corto intérprete la lengua para saber decir las llamas amorosas que en la campaña del alma talan, abrasan y queman»⁶¹, donde de nuevo la bella imagen viene a dar al tópico una entidad inusitada.

Y un poco más adelante, dentro del mismo parlamento amoroso, aquello de: «Poco importa que un marido rico os cubra de riquezas, si para vuestro gusto viene a ser tronco sin alma»⁶², donde rebosa, como toda la declaración de amor de Paris, un halo de barroquismo romántico evidente.

Tampoco desmerecen de las anteriores aquella otra declaración de Enone al contestar sentenciosamente: «que bienes de fortuna sólo son caudal de mercaderes, no de amantes, que aun quizá por esto pintan al amor desnudo»⁶³; y la pregunta retórica que en quiasmo y epanadiplosis contesta a las amenazas de Doristeo: «¿Pues no merece Paris por mujer a una pastora, cuando a una reina merece?»⁶⁴.

Y al aparecer Casandra, la infanta cazadora, narra nuestro autor: «Al oír su nombre, se turbaron todos, y al verla, metieron paz y la rindieron armas, haciéndose al silencio la vocería y al sosiego la pendencia»⁶⁵. O en el predicamento enfadoso de la infanta en trance a su huésped exclama:

«Ten compasión de ti y no arrojes el fruto de tu edad florida en campo seco, donde, por más que labres, no has de coger fruto»⁶⁶.

Y el símil sigue deleitoso:

«Del mar aras en la orilla, y con bueyes, sin provecho; si eres cuerda, no pierdas la semilla y el trabajo»⁶⁷.

Más adelante, cuando Paris ya es conocido infante de Troya tras sus victorias en los juegos sobre sus rivales y hermanos Héleno, Deífobo y Polites (las transcrip-

⁵⁸ Las citas que van a continuación, si no se dice lo contrario, pertenecen todas a *Historias y Leyendas*. Cf. n. 7, pp. 151-164. Véase en la n. 44 el trabajo de M. Baquero. La presente cita es p. 151, ll. 15-17.

⁵⁹ P. 151, ll. 18-20.

⁶⁰ P. 159, l. 17.

⁶¹ P. 152, ll. 21-24.

⁶² P. 152, ll. 29-31.

⁶³ P. 153, ll. 14-16.

⁶⁴ P. 154, ll. 18-19.

⁶⁵ P. 155, ll. 28-31.

⁶⁶ P. 157, ll. 36-37.

⁶⁷ P. 158, ll. 1-3. Cf. n. 38

ciones son nuestras) y el rey de Lidia Sarpedón leemos estas precisas imágenes no exentas de premoniciones pesimistas:

«Volaron las nuevas a la descuidada esposa (que, por ganar albricias, tomó siempre alas la diligencia), y aunque recibió alborozada los parabienes, temió, prudente, los amargos olvidos»⁶⁸.

Y ¿qué decir del sabroso relato de Paris cuando cuenta a toda la corte de Troya, con una ingenuidad digna de encomio, su decisión en el juicio de la beldades del Olimpo? ¿Cómo no ensalzar la narración de los hechos posteriores, preparativos para hacerse a la vela, llegada a Lacedemonia y vuelta con Hélena «robada» a Troya «que por tan hermoso robo le recibieron con triunfos»⁶⁹?

Tras la carta, ya suficientemente sintetizada, estudiada y parangonada con la de Ovidio⁷⁰, termina la leyenda con la ya comentada retirada a una vida de paz y sosiego de la sensata y prudente Enone,

«siendo un notable ejemplar de las mujeres casadas, pues por ningunos agravios que las hagan sus maridos no han de tomarse licencia de ofenderlos»⁷¹.

⁶⁸ P. 159, 11. 19-22.

⁶⁹ P. 161, 11. 15-16.

⁷⁰ *Heroidas* 5.

⁷¹ *Historias y Leyendas*, p. 164, 11. 4-6.